

sidad de la revelacion, por cuyo medio tengamos reglas ciertas y seguras para nuestra vida temporal y eterna, como Dios se ha dignado darnos, y de dársenos á conocer asimismo hasta aquel punto en que quiere y basta que le conozcamos y adoremos en esta peregrinacion, dirigido todo por la autoridad viva y visible de la Iglesia que el mismo Señor instituyó en la ley evangélica.

La razon natural, aunque en el silencio de las pasiones dicte otra cosa, no tiene por sí sola fuerza suficiente para contrarrestar el poder de ellas, por el cual será de ordinario vencida y subyugada; que era lo que decia san Agustin: "Veo y conozco lo que es mejor, y lo apruebo; pero hago lo peor." La razon, obscurecida por la corrupcion de la naturaleza humana, no puede guiar al hombre con acierto, ni someter á su debil influjo los impulsos vehementes de la concupiscencia. Para lo primero necesita de una luz superior que la ponga á cubierto del error y de las ilusiones del espíritu, de una luz que sea ella misma infaliblemente segura; para lo segundo necesita ser reforzada y sostenida por la gracia de nuestro Redentor. Esto hacia decir al Apóstol san Pablo: *Veo en mis miembros otra ley que repugna á la ley de mi entendimiento, y que me cautiva y arrastra al pecado. ¡Infeliz de mí! ¿Quién*

me libraré de tal servidumbre de las pasiones? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. ()* Aquí tenemos el remedio y medicina de nuestra miseria, que nos proveyó con mayor abundancia en la ley de gracia, principalmente con los Sacramentos, y el sacrificio incruento, y con la celebracion de sus misterios, y el ejercicio de la piedad y del culto, y con la pureza de su doctrina, preceptos y consejos; y en fin, con el régimen pastoral de su propia autoridad. Con estos Sacramentos, digo, y estos objetos, de todos los cuales el sacrilego *Citador* hace una derision tan abominable.

Déjese á la criatura racional del modo que este quiere, y la ventaja que sobre los irracionales nos da nuestra razon, se convertirá por lo comun en daño propio y de la sociedad; por quanto la razon en lugar de dominar y mandar, como asi debia de ser, y asi es en los designios del Criador, sostenida de su gracia y Religion, no será sino un instrumento que sirva á las pasiones para conseguir sus fines. La razon servirá entonces para discurrir modos de hacer fortuna y reputacion á costa de la ajena; para burlar la vigilancia de los superiores, de los

(*) Ad Rom. c. 7. v. 23.

padres, de los amos, de los maridos; para poner en accion la intriga y los medios, por inicuos que sean, de satisfacer la codicia, el robo, la ambicion, y todos los demas vicios. ¿En qué se ha empleado sino, y se emplea el ingenio y el talento de los filósofos de que hablamos? En corromper y desmoralizar la especie humana: no de otra manera que el valor, la fuerza física y la destreza las convierte un bandolero en azote del ciudadano pacífico, cuando debieran hacerle estos dones naturales un gran defensor de la patria. Asi el materialismo en los hombres es todavía peor que en los brutos, por el uso mismo ó abuso de su discurso; y la sociedad se convierte en un teatro de injusticias y maldades, resultado de la máxima filosófica de hacer á la razon humana regla de nuestra creencia y de nuestra moral.

Tal es el estado á que pretenden reducirnos los incrédulos; y á este fin emplean su tiempo y talentos, inspirando aversion al único preservativo, que tenemos en la Religion, y á la luz celestial que sola puede conducir al hombre al conocimiento de la verdadera felicidad. Eran menos culpables los antiguos filósofos, que al fin eran gentiles que no conocian la verdadera Religion, y discurria cada uno como podia; mas á los nuevos, criados en ella, no puede ocultarse

sino por una ceguedad diabólica, y por uno de aquellos altos juicios que los abandona al *sentido réprobo*, á vista de tantas y tan invencibles pruebas que presenta la concatenacion de sucesos desde el principio del mundo hasta nosotros, y de tantos prodigios de la Omnipotencia para hacer sensible su divinidad, que no hay entendimiento bien puesto, ó por mejor decir, ninguno que no esté del todo alucinado, puede resistirse al convencimiento.

¿Y qué mejor prueba que tantas y tan abominables sectas y falsas religiones é idolatrías que hubo en el mundo antes que amaneciese la luz del Evangelio; y tantas heregías y sectas posteriores con sus eternas discordias y variaciones, riñendo las unas con las otras y consigo mismas, sin convenir jamas los reformadores en regla fija? Porque es tal la firmeza y solidez de la doctrina católica, que una sola verdad que sea cierta lo son todas necesariamente, y asi no queda ya otro recurso al impío que negarlas todas á cuerpo perdido, como lo hace nuestro escritor, quien á la segunda página dice y repite sueltamente *que se rie de todo*. ¿Y de qué no se reirá el que riéndose tambien de los Mandamientos de Dios dice (página 176) que Dios (*el tal Dios* es su expresion) no debe ser amado, ni temido?

«Y no menos se conoce esto, dice el ve-
 «nerable Luis de Granada, por la variedad
 «y contradicción de las opiniones de los filó-
 «sofos (antiguos); los cuales, aunque eran
 «como la nata y flor de la naturaleza humana,
 «y los que gastaron toda la vida en adelga-
 «zar y perfeccionar sus ingenios con el estu-
 «dio de la sabiduría, con todo eso son tan di-
 «versos los pareceres y lenguages de los unos
 «y de los otros como los de aquellos que
 «edificaban la torre de Babilonia: y lo que
 «peor es, discuerdan en las tres cosas mas
 «esenciales, y que mas sirven para la ver-
 «dadera Religion; que son, el conocimiento
 «de la divina providencia, y de la inmorta-
 «lidad del ánima, y del último fin de la vi-
 «da humana. Porque unos ponen en Dios
 «providencia de las cosas de acá abajo, y otros
 «se la quitan, y otros la afirman de los ani-
 «males y niegan la de los hombres. Y al ánima
 «algunos la hacen mortal, y otros inmortal.
 «Y lo peor de todo es, que siendo el cono-
 «cimiento de nuestro último fin la medida
 «y regla por donde se han de enderezar to-
 «dos los pasos y obras de nuestra vida para
 «venir á él, son tan varios y tan ciegos en es-
 «ta parte, que refiere Marco-Varron (como
 «escribe san Agustin (*) ciento y sesenta

(*) Lib. 19. de Civ. Dei cap. 1.

«opiniones, ó por mejor decir, disparates que
 «se dejaron decir en esta materia. Porque
 «pretendian hallar este último fin y biena-
 «venturanza en esta vida (como gente que
 «de la otra no tenían noticia), siendo esta un
 «piélago de infinitas miserias, y un mar de
 «continuas mudanzas y desasosiegos....»

«Pues como la verdad de la fe sea el fun-
 «damento de toda la vida cristiana, y esta ha-
 «ya de ser certísima, firmísima, é infalible, y
 «tal firmeza no se halla en las escuelas y doc-
 «trinas de los filósofos, y mucho menos en
 «los comunes entendimientos de los hombres,
 «siguese, que nos ha de venir de Dios, el cual
 «no falta en las cosas necesarias á sus cria-
 «turas, como la misma filosofía confiesa; pues
 «vemos que ninguna criatura hay tan pe-
 «queña (aunque sea un mosquito ó una
 «hormiga), á quien falte lo necesario para la
 «conservacion de su vida. ¿Pues cuánto me-
 «nos faltará al hombre, para cuyo servicio
 «este mundo fue criado? (*)

Volviendo á los del día, es cosa sabida
 que estos no hicieron mas en puntos de Re-
 ligion, que resucitar los errores de los an-
 tiguos, olvidados en su propia nada, re-
 novando sus argumentos vestidos y revesti-

(*) Símbolo de la fe, part. 5. trat. 2. cap. 3.

dos con nuevos colores. Porque unos espíritus indómitos y licenciosos, y unos ingenios tan fecundos, ansiosos de fama y de novedad, no podían avenirse con un sistema de doctrina general y uniforme, y esencialmente invariable (que es atributo de la verdad), cual es la de la Iglesia, que enseña todas las virtudes, y condena todos los vicios: y así la manía de filosofar que se apoderó de ellos, atropelló por todo soltando la riendas á la imaginación. Sin otra brújula no podían menos de caer en la misma divergencia de ideas y modos de pensar, como lo vemos en las monstruosas contradicciones de *ateistas*, *deístas*, *naturalistas*, *materialistas* &c., que recíprocamente se destruyen y descubren el gran vacío de su razón, y los absurdos en que caen por la falta de un punto de apoyo en la revelación, que como el timón en la nave sujete el rumbo en este proceloso mar. ¡Oh Dios! (exclama uno, que aunque filósofo, no llegó á desvariar tanto) "¡Oh Dios! ¡cuán obligados nos tiene vuestra benignidad, por haber fijado nuestra creencia contra estas vagas é inciertas opiniones, y pues—tola sobre la solidez de tu palabra eterna!

Pero tenemos, sobre todo, el testimonio del Espíritu divino, entre otros muchos, por el Apóstol san Pedro, el cual testigo de la divinidad de Jesucristo declarada por la voz

del Eterno Padre: *esta voz, dice, bajada del cielo la oímos nosotros mismos estando juntos con él en el monte Santo: y tenemos el firmísimo apoyo de las profecías, que nos alumbran como antorcha resplandeciente en la obscuridad; pero entendiendo ante todas cosas, que ninguna profecía de la Escritura depende de la interpretación de un particular, puesto que la profecía jamás ha dimanado de la voluntad humana, sino de la inspiración del Espíritu Santo, por la cual hablaron los hombres santos de Dios (*).* Estas últimas palabras nos hacen conocer que no es dado á cada uno gobernarse por su propio juicio en la inteligencia de la santa Escritura, y que estando encomendado este depósito á la Iglesia, á esta es á quien debemos escuchar, y ella es la única que puede declarar sus palabras y sentidos, y esto con plena seguridad, sin temor el mas mínimo de ser engañados.

Discurrid, pues, el abismo en que se meten, y quieren meter á todos estos adoradores de su razón, para juzgar por ella los juicios de Dios: los mismos cabalmente que no saben usar de la razón para aquello que puede ella alcanzar y alcanza en esta mate-

(*) Epist. 2. cap. I.

ria, que es la credibilidad de los misterios y testimonios divinos. Porque la misma razon que alcanza los motivos de esta credibilidad, dicta tambien por otra parte la existencia de una primera Causa; y que esta causa, autora del cielo y de la tierra, y de todo lo criado, debe ser infinitamente superior á la comprension de toda humana criatura en su ser y atributos, en su providencia, en su justicia, y misericordia, y en todas sus perfecciones, sin que haya repugnancia alguna en que asisea, antes bien repugna, que un ser tan grande y perfectísimo pueda caber en la esfera del entendimiento humano. Otras cosas mucho mas pequeñas se le esconden á este, como son tantos y tan admirables misterios que la naturaleza misma nos presenta, que no pueden negarse porque los vemos, y no los comprendemos todavia. Asi es muy cierto, que si bien la doctrina revelada es superior á nuestra razon, pero de ningun modo es contraria. Si yo no puedo comprender los misterios de la fe, comprendo bien que no debo ni está en el órden que yo sea capaz de comprenderlos: comprendo bien que Dios pudo hablar á los hombres, y que en efecto les habló: comprendo bien que Dios debe ser infalible, y que entre lo finito y lo infinito hay una distancia infinita; y digo con David: *Tus testimonios, Señor, son sobremanera, has-*

ta el exceso, creibles. Esto humilla mi razon, y la hace reposar dulcemente sobre la palabra eterna, y me hace exclamar con el Apóstol: *¡Oh alteza de los tesoros de la sabiduria y ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!*

Estos testimonios cimentaron para siempre el magestuoso edificio de esta Religion, que trae su genealogía escrita en el viejo y nuevo Testamento con un enlace maravilloso, que no es dado sino á la omnipotencia: de esta Religion, que destruyó la idolatría dominante, que triunfó de la crueldad y persecucion de los tiranos y de las armas conjuradas del imperio Romano, que confundió las del ingenio y sabiduría de los filósofos paganos, que se conservó íntegra (mas ó menos dilatada, que esto es accidental y fuera de ella), íntegra y pura en todas sus máximas y autoridad contra tantas tempestades y revoluciones, al paso que los imperios desaparecieron, que las naciones sufrieron mil vicisitudes, que los sistemas políticos se mudaron, que los establecimientos humanos se transformaron de mil maneras, y todo nos presenta el sello de las obras del hombre. Y seríamos nosotros tan insensatos, que pudiéramos ahora deslumbrarnos por las astucias de los impíos, por sus artificios y juego de palabras, por sarcasmos y chanzonetas, y por ese cúmulo de

inepcias impudentes de tales escritos y escritores, que no respiran sino sensualidad, orgullo, inmoralidad, odio, rabia y maldiciones contra el cielo y contra la tierra? No, no por cierto: tan lejos de eso, que semejantes intentos, y semejantes medios, no deben servir sino para afirmarnos mas y mas en nuestra fe, y para hacernos mas avisados, cautos, y solícitos en conservar en nuestros pechos este único y soberano bien.

Mirad que no os engañe alguno con filosofía y falacias vanas (). No es nuevo tampoco el artificio: ya Tertuliano lo motejaba en los de su tiempo. Los filósofos, decía, hacen afectación de la verdad á lo bufon y lo burlesco, como gente que no busca sino alabanzas humanas. Los cristianos por su misma profesion la quieren y enseñan con ansia, entera, y verdadera como es en sí, como quienes tratan de su salud eterna. *Minicé Philosophi affectant veritatem, et affectando corrumpunt, ut qui gloriam captant. Christiani et necessario appetunt, et integre præstant, ut qui saluti suæ curant.*" (**)* Ellos cuentan con el efecto que pueden causar sus artes malignas sobre el comun de los

(*) D. Paul. ad Coloss. cap. 2. v. 8.

(**) Tertul. Apologet. cap. 46.

fieles, que no tienen ni pueden tener los conocimientos necesarios para entender sus sofismas, abusando de la humana debilidad para soltar sus pasiones y hacerlos libertinos como ellos; y así nada les importa que les juzguen los pocos á quienes es dado el conocimiento de la ley por el estudio serio y profundo de la Religion. Ellos buscan el número: quieren coger en sus rédes á la multitud, y esto les basta: bien saben que la multitud no ha de apurar sus citas, ni ha de sondear el piélagó. Por lo mismo, repito, no os dejéis seducir, y mas bien que darles la alabanza que buscan, desechedlos con indignacion, como vuestros mayores enemigos, y no queráis participar del oprobio á que los condenan sus obras hediondas. *Nomen impiorum putrescet.* De los cuales, dice el Apóstol san Pedro, *que como los animales irracionales, blasfemando los misterios que ignoran, para cautivar á los demas en su maldad, perecerán en su corrupcion (*).*

¡Pero qué consuelo, hijos míos, tener contra todos los peligros y sugeriones del error un centro de verdad segura á que atenernos! Así es, como dije antes y sabéis todos, y así tenemos esta áncora en la autoridad de la

(*) Epist. 2. cap. 2. v. 12.

Iglesia, que el Señor instituyó y rige con su asistencia indefectible, para cortar las ambigüedades y divisiones religiosas, en que necesariamente estaríamos envueltos entregado cada uno á su propio juicio. La misma razon natural persuade esta necesidad, y hace ver la providencia de Dios en sus obras. Solo á la razon del *Citador* y de sus cómplices, es negado este conocimiento, desechándola por una miserable secta, calumniándola con los cuentos y embusterías de su tajante y maldiciente pluma. Mas á pesar suyo ella es y será siempre la intérprete y la maestra de la verdad, y en sus tradiciones y en la santa Escritura tiene los originales que afianzan nuestra Religion, la fe y las costumbres de los cristianos. Sin ella ni fuera de ella no hay salvacion.

No diré mas, sino que los que quieran instruirse con extension de estos fundamentos, lean entre los modernos apologistas á *Valsechi* y á *Bergier*, en donde hallarán deshechos todos los emblemas del *Citador* en la refutacion de los incrédulos, de quienes él los tomó, aunque no tuvo á bien citarlos, pues no es posible descender aqui á desmenuzarlos. Y tambien encontrarán lo bastante en los autores, que son mas comunes y conocidos, que escribieron de propósito sobre los lugares teológicos, y la filosofia moral. La misma

santa Escritura, que tenéis todos en lengua vulgar, sobre otros grandes frutos que sacareis de su lectura, podrá desengañaros por vosotros mismos de las imposturas de aquel, agregando sus notas, ilustraciones, y discursos preliminares. En estos libros de infalible verdad vereis la sabiduría del Cielo, las máximas seguras y sólidas del cristianismo, la doctrina de todas las virtudes, y de todas nuestras obligaciones para con Dios y para con su Iglesia, para con la patria, para con las autoridades, para con los ciudadanos, y para con todos los hombres, que todos son hermanos nuestros: y por decirlo con las palabras del traductor, que ahondó tanto esta rica mina, "son libros que estan llenos de »pensamientos mas sublimes, y de máximas »mas sólidas que cuantas nos dejaron los filósofos mas acreditados que admiró y admirará el mundo en toda la serie de los siglos: »libros con los cuales nos arraigarémos mas »y mas en una sólida piedad y Religion, para hacer frente á la impiedad, irreligion, y »desenvoltura, que en este desgraciadísimo »siglo, mas que en cuantos le han precedido, se ha extendido como pestilencial cancer »que corrompiéndolo é inficionándolo todo, »ha penetrado hasta lo mas sagrado é íntimo »del Santuario, y con tan rápidos progresos, »que no se ve por todas partes sino desfalle-

«cer la fe, apagarse la caridad, y reinar una
 »general deprabacion de costumbres; por
 »manera que podemos justamente temer, que
 »todo ello sea un anuncio de la consumacion
 »de los tiempos, que el mismo Señor nos de-
 »claró que habia de ser precedida de estas
 »señales tan terribles y funestas. Por tanto,
 »armándonos de verdadero celo, empuñe-
 »mos el escudo de la fe, y no demos lugar
 »en nuestros corazones á máximas pernicio-
 »sas y detestables, que trastornen nuestro
 »juicio, y echen por tierra las basas firmes
 »sobre que se apoya toda nuestra esperanza.
 »Fuera de nosotros todos aquellos libros,
 »que bajo la apariencia de miel dulce y sa-
 »brosa, ocultan miel amarga, y un cruel y
 »pestífero veneno con que matan. Fuera to-
 »do aquello que probado á la piedra de to-
 »que de la divina palabra, interpretada se-
 »gun el sentido y tradicion de la Iglesia, y
 »de sus Padres y Doctores, que constantemen-
 »te han seguido nuestros mayores, y bajo
 »del aparente brillo de oro puro, si se pone
 »y reconoce á la luz de la verdad, si se exa-
 »mina al fuego y crisol de las sagradas Escri-
 »turas, se hallará ser todo escoria, y no pa-
 »ra otro uso, sino para ser arrojado y dese-
 »chado con el mayor desprecio...» (*)

(*) Tom. I. disert. prelim. §. 6.

Por estas razones la Iglesia ha cuidado siempre de quitar de las manos de los fieles sus hijos esta clase de libros, condenándolos y prohibiéndolos: no por huir de sus argumentos, ni porque rehuse las discusiones. ¡Oh! Todo está hecho y controvertido y pasado en cosa juzgada. La Iglesia, columna de la verdad, no puede temerla. Pero el comun de los fieles, sin esceptuar clase ni estado alguno, no pueden entender de las altas y profundas cuestiones de Religion: no pueden discernir entre lepra y lepra. Si todos tuvieran el caudal de letras necesario, si todos fueran sabios, teólogos y escriturarios, nada importaba su circulacion. Para estos no habria sino motivos de lástima, de indignacion, ó de risa. Pero estos son pocos: y no son muchos los que no esten á riesgo de ser llevados de todo viento. Semejantes libros no se escriben para personas que lo entienden, y que entienden á sus autores. En pocas palabras se profiere el mayor desatino, como decir: no hay Dios, no hay providencia, no hay revelacion, no hay gloria ni infierno. Mas para demostrar los errores, y fundar la verdad se necesitan libros enteros, y un exámen hondo de los fundamentos de la Religion. Este exámen está hecho con la declaracion de los mismos dogmas. ¿A qué renovarle todos los dias? La declaracion de la autoridad basta

para todos. La lástima es, que los libros en que estan demostradas las verdades de la Religion, y refutadas sus impugnaciones, no se leen, y andan en pocas manos; porque son voluminosos, ó estan esparcidos por obras muy dilatadas: y ademas no estan compuestos en este tono festivo, procaz, y paradoxal que usan los seductores, sino en el tono sencillo y grave de la verdad, y tal vez con desaliño: asi como por el otro estilo se forja un librete de faltriquera, como es este y sus semejantes, para traerlo y llevarlo consigo, y tener siempre la ocasion en la mano, excitada la curiosidad con ficciones y pensamientos ingeniosos, y con un romance satírico, para no perdonar arte ni medio que emplear para descatolizar los hombres, y eleminar la Religion cristiana. ¡Y que se venga el socarron diciendo, que lo traduce (y hasta en esto de la traduccion entran sus ficciones) con el *piadoso objeto de que puedan leerse* (sus blasfemias) *en idioma vulgar, para rebatirlas!* Mas pérfido, si cabe, que la antigua serpiente que sedujo á la incauta Eva con el aliciente de que adquiriria la ciencia del bien y del mal.

No, no son las de este impío (y digo lo mismo de todos los de su clase) cuestiones opinables, ó que esten *sub judice*: son errores, blasfemias, heregias, cien veces declara-

das contra verdades y dogmas definidos: no resta mas que aplicarles la pena, si puede haber alguna en el mundo para castigar tan horrible audacia. Y pues que no se trata aqui de personas sino de la obra, sea tenida y conocida por lo que ella es, y proscrita como un mortal veneno de las almas, y de la sociedad entera.

La lectura de tales libros, aun prescindiendo de prohibiciones especiales, jamas ha sido lícita, ni lo será, ni puede serlo, y está condenada por la misma ley natural, que asi como prohíbe el uso de manjares corrompidos y nocivos á la salud del cuerpo, asi tambien, y con superior razon, prohíbe los que dañan al espíritu, y manda huir de lo malo y de cuanto tenga especie de mal; pero mucho mas de un mal de este género, que corrompiendo el corazon y el espíritu, corrompe las ideas, corrompe las costumbres, corrompe la Religion, y lleva tras de sí la mas deplorable ruina de los hombres y de los estados. De aqui la necesidad de atajar estos males en la raiz con prudentes precauciones, porque siempre es mejor prevenir los daños que curarlos (aun dado que sean curables) despues de cometidos: y de aqui el santo celo y deber imprescindible de la Iglesia, de apartar á los fieles cuanto sea posible de tales pas-